

en la mano).—Descuide, señora, que no la rozaré. Me iré bien pronto. Pepita Jiménez, hija de un rey de reyes, señor de los señores, gala de tu tierra y del mundo, yo soy Marianela. (*Se hinca de rodillas*).

PEPITA.—¡Marianela! ¡El cielo te bendiga! ¡Levántate, muchacha!

ANTOÑONA.—¡No la toques!

PEPITA.—¿Te quieres callar, Antoñona? Levántate, criatura.

MARIANELA (*levantándose*).—Gracias, señorita.

PEPITA (*contemplándola*).—¡Marianela!...

MARIANELA.—La huérfana de las minas de Socartes; la vagabunda, la infeliz; el lazarillo de Pablo el ciego. Yo estoy enamorada de mi señorito, y él de mí, porque no puede verme. Si llegasen a ver sus ojos, como dicen, yo me moriría de dolor. Yo le cuento a él todas las maravillas de la tierra y del cielo, y de los campos y del mar, y él me habla de las historias que le lee su padre. La otra noche me dijo: «Mariquilla: vas a llegarte a los Jardines de Don Juan y vas a llevarle a Pepita Jiménez unas florecillas de los prados de Aldealcorba de Suso y de los bosques de Saldeoro». Y aquí las tienes.

PEPITA.—Ponlas tú misma por tu mano con esas otras. Alguna cogeré yo luego y se la ofreceré a mi Niño Jesús.

(*Marianela deja también sus flores al pie del busto de Don Juan, como en adelante las demás figuras que irán saliendo, todas las cuales quedarán asimismo junto a él*).

ANTOÑONA.—¡Virgen! ¡Ahora una monja y una señoritinga! ¡Esto es el Arca de Noé! (*En el fondo han aparecido Marta y María, las célebres heroínas de la novela de Palacio Valdés así titulada. María viene de monja. Marta, con un trajecillo modesto*).

MARÍA. Pastores, los que fuerdes  
allá por las majadas al otero,  
si por ventura vierdes  
aquel que yo más quiero,  
decidle que adolezco, peno y muero.  
Buscando mis amores  
iré por esos montes y riberas,  
ni cogeré las flores  
ni temeré las fieras,  
y pasaré los fuertes y fronteras...

MARTA.—María. ¡Por los clavos de Cristo, vuelve en tí! Deja un instante ahora a tu Amado del cielo, que venimos a honrar a un príncipe de los ingenios de la tierra. No confundas ni mezcles las cosas.

PEPITA.—¿Quiénes sois, que creo recordaros? ¿Es la primera vez que os veo?

MARÍA.—Somos Marta y María.

PEPITA.—¡Ah! ¡Ya decía yo! Bien venidas seáis. Os esperaba.

MARÍA.—Pues yo he de confesarte que he sentido escrúpulos de venir. Si no es por acompañar a Martita...

PEPITA.—¿Qué escrúpulos han sido los tuyos?

MARÍA.—Ningunos que puedan empañar en el pensamiento de nadie la gloria que hoy disfrutas.

MARTA.—Escrúpulos de monja son los de mi hermana.

MARÍA.—Llámalos como gustes; pero Pepita, con sus hechizos de mujer, apartó de la senda de luz que yo sigo a un hombre a quien el Señor conducía por ella.

PEPITA.—El propio Niño Jesús me ayudó a desviarle. Yo se lo pedí con fervor aquella inolvidable noche de San Juan... Y no debía de hacerle mucha falta mi Don Luis cuando fácilmente me le cedió... haciendo que todo nos empujase a ambos en la caída. La mutua atracción que nos acercaba; la luna, que entraba por mi ventana encantando el lugar con su luz; el olor de las flores que llenaba el ambiente; el rumor de la fuente del jardincillo... y hasta el eco de las picantes coplas de mis criados, que nos arrullaban desde lejos... Todo, como te digo, parecía conjurarse para que Don Luis y yo fuésemos débiles y pecadores... Y ahora somos dichosos. Y Dios nos ha premiado con un hijo. Tú, en cambio, María, dejaste a un enamorado marqués de Peñalta sollozando delante de un retrato tuyo.

MARTA (*suspirando con íntimo gozo*).—¡Ay!

ANTOÑONA.—¡A su merced le gusta el marqués, como si lo viera!

MARTA.—¡Sí; pero el marqués, embaucado por esta santita, no se ha dado cuenta hasta ahora!

PEPITA.—Ya se la dará, si está de Dios, y serás tan feliz a su lado como yo lo soy al de mi fracasado curita.

MARTA.—Pues ¡ojalá no tarde mucho! Porque esto de querer y callar ¡hace sufrir tanto!...

MARÍA.—Lo que sea será por la voluntad del que todo lo rige y gobierna; de Aquel para quien yo vivo y por quien muero...

*Mil gracias derramando  
pasó por estos sotos con presura,  
y yéndolos mirando,  
con sola su figura  
vestidos los dejó de su hermosura.*

PEPITA.—Perdona lo que te dije de mis escrúpulos. Quizá no he debido sentirlos. Acepta ahora estas azucenas que te traigo del jardín de las monjas Bernardas de Nieve; se las ofrezco en tí a tu padre y señor; al que supo penetrar en los más sutiles y oscuros arcanos del amor divino, y convertir a lo humano sus mieles, y extraer de ellos savia para alimentar las flores de un tan noble amor terrenal.

MARTA.—Estas que yo te ofrezco son de la huerta de mi padre. Hay, como verás, de todo lo que da la tierra. Las corté yo misma, con la intención de traértelas de todos colores. Te iba a traer también unos dulces hechos por mis manos. Yo soy muy casera y muy aficionada a cocinar. Pero hoy cuadrán aquí más bien flores que dulces, y además hubiera sido atrevimiento brindárselos a quien hace los mejores pestiños, alfajores y piñonates conocidos.

(*Inopinadamente ha salido por la izquierda del jardín Sotileza con unas florecillas también; la cual, atreviéndose a hablar, animada por la familiaridad de Martita, dice:*)

SOTILEZA.—Avergonzada me siento yo de traer esta pobreza...

ANTOÑONA.—¡Bueno va!

SOTILEZA.—Pero quien da lo que tiene... Cuando me enteré de la fiesta, no pude contener el mi deseo de venir con mis flores. Lo consulté con el pae Polinar y me dijo que bien hacía. Y desde la tierra vengo. Me llaman Sotileza.

PEPITA.—Ya, ya. Sólo tú podrías venir de tan lejos limpia y pulida como si salieras del tocador.

SOTILEZA.—Es que yo de mi natural soy así, señora.

PEPITA.—Bien lo dice el tío Mechelín: que ni pisas ni manchas; que vas y vienes como la pluma misma por los aires...

SOTILEZA.—No quita el ser pobretuca para ser limpia como una plata.

PEPITA.—Eso pregona tu señorío.

SOTILEZA.—Soy callealtera.

PEPITA.—Callealtera eres, y en todo punto acreditas tu finura nativa. Yo vivo en casa principal; tú en una bodega de pescadores; pero con el mismo amor dora el sol mis estrados que alumbra el atalaje de tu cuartuco. Y a su luz lo mismo parecen.

SOTILEZA.—Allí vivo sin pesadumbres ni envidia de nada; limpia de conciencia también y sin ambición de cosa alguna que no sea de mi parigual. Si algo valen las flores que ahora te muestro es porque vienen con aire de no ser sino lo que son; nacieron vecinas de las duras peñas, donde se estrelló el mar bravío, azote de los pescadores. Tómalas. (*Pepita las toma y las pone con las demás. Entretanto llega Fortunata con unos geranios*).

FORTUNATA.—¡Pues los Madriles no han de faltar tampoco en esta verbena de tanto rumbo!

ANTOÑONA.—¡Anda! ¡Una chula!

FORTUNATA.—Una chula, sí. ¿Qué hay con eso, Fortuna? Una chula. ¿Qué ocurre?

PEPITA.—¡Fortunata!

FORTUNATA.—Fortunata, sí; la Pitusa. ¿Qué hay?

PEPITA.—Que bien vengas, mujer. Eres la simpatía en persona.

FORTUNATA.—Soy lo que soy, y no sé si caigo bien o caigo mal; pero vengo porque me lo dita el corazón. (*A Antoñona*). No gruñan usté, señora mía, que tos somos hijos de Dios y ca uno habla como puede. ¡Pa chasco!

ANTOÑONA.—¡Pa chasco!

FORTUNATA.—¡Pa chasco, sí! ¡Oh! ¡Mía esta! Si le parece más fino. Ten ahí tú, Pepita Jiménez, este recuerdo de las verbenas de los Madriles de mi alma. Bien comprendo que tú vas por un camino y yo por otro; pero en una cosa así me da a mí el corazón que siempre habemos de encontrarnos. Tú eres señorío y yo soy pueblo. ¡Pueblo! No tengo compostura. Ni ganas. Ni entiendo de *tiologías* tampoco. Ni falta que me hace. Pero sé que mi historia anda ya escrita y que en la primera hoja de ella se nombra pa honrarlo al talento que te trajo al mundo. Y por eso, y porque yo no pienso las cosas, sino que me llevo de [mi sentir, está aquí Fortunata.

PEPITA.—Y yo te veo con la misma alegría que a todas las he visto.